

torpecido sus piernas y cayó en el suelo exclamando:

—Por piedad, no me hagais ningun mal... ¡soy tan desgraciada!

—¡Yo haceros mal, señorita! Al contrario, tengo compasion de vos. Hace tiempo que os estoy contemplando: mientras dormiais, miraba las lágrimas que corrian por vuestras blancas mejillas; y esto me daba una pena... Mi madre tambien os ha visto y queria despertaros para haceros entrar en la choza; pero yo no he querido.

—¿Vos no habeis querido? Todo sea por Dios.

—No he querido que os despertase; y me he quedado aquí hasta que hubiéseis satisfecho vuestro sueño. Ahora ya puedo llamar á mi madre. —Y dirigiéndose á la puerta, gritó: —Madre, venid, esta jóven ha despertado ya.

Y una buena anciana se presentó precipitadamente y llena de curiosidad.

Ayudó á Luisa á que se levantara, diciendo con dulzura:

—¡Pobre niña! Me habia separado de vos para hacer un buen fuego; vereis como os reanimará. Venid conmigo, hija mia; me da mucha lástima ver á una jóven como vos andar sola por estos caminos.

La huérfana, que recibia las primeras demostraciones de interés despues de tantos infortunios, lloraba copiosamente, y llenaba de bendiciones á los que se las prodigaban.

—Juan, hijo mio—añadió la anciana—anda á buscar un poco de leche caliente, confortará el estómago de esta pobre criatura. Tal vez hace muchas horas que no habrá tomado alimento.

—¡Ay!... tres dias...

—Y así era la verdad; el dolor se alimenta de lágrimas.

Al oír la contestacion de la huérfana, madre é hijo lanzaron un grito de sorpresa y de piedad.

Inmediatamente colocaron una tosca mesita junto á la lumbre.

Juan la abasteció de lo mejor que habia en la choza, y suplicó á la desfallecida huéspedea que comiese si no queria morir.

Luisa, contenida por el rubor de no poder pagar los generosos cuidados de sus bienhechores, no se atrevia á ceder á sus ruegos.

En fin, tuvo el valor necesario para darles á saber el terrible estado de su miseria, y esto dió motivo á mayores instancias para que comiese.

Esto hacen los pobres cuando la indigencia llama á la puerta de su cabaña; mientras en los marmóreos palacios de los ricos, el mismo lacayo que arroja á los perros los desperdicios de una mesa opípara, suele decir con malos modos á un pordiosero: «Dios te ampare; no seas impertinente.»

Luisa aceptó con gratitud lo que de tan buena voluntad se le ofrecia.

El calor de la lumbre, el alimento que tanta falta le hacia, restablecieron un poco sus casi agotadas fuerzas.

Creyó que de ningun modo podia mostrarse mas reconocida á sus bienhechores que confiándoles el secreto de todas sus penas, lisonjeándose que de este modo conocerian que no prodigaban sus afanes á una aventurera.

Cuando hubo terminado su narracion, que fué interrumpida muchas veces por los sollozos de los que la oian, Juan le dijo:

—Señorita, no habia necesidad de que nos habláseis de vuestra madre; ya sabiamos que la habiais perdido, pues cuando dormiais, la llamábais, dando unos gritos que me hacian mucho mal. Pero ¿qué vais á hacer ahora? Es posible que trateis de ir sola á

Colmar? Ya es milagro que una niña tan joven y bonita haya llegado hasta aquí sin contratiempo alguno.

—¿A qué distancia estoy de Strasburgo?—preguntó Luisa.

—A siete leguas, ni mas ni menos.... ¡Cáspita! no ha sido poco andar para una muchacha delicada. Y quereis proseguir andando.... sin tener quien os guíe.... Ya lo veo.... el ánsia de ver cuanto antes á vuestro amante.... No quereis parar hasta encontrarle ¿verdad?

—Sí, amigo mio, quisiera verle pronto.

—Es natural.—Y despues de exhalar un suspiro, el generoso jóven añadió: —Pues bien, descansad hasta mañana, señorita. Yo conozco muy bien el camino; mi madre es tan buena; que tendrá un gran placer en que os acompañe, y cuando os habré dejado en los brazos de vuestro futuro esposo—y aquí volvió Juan á suspirar—regresaré, al lado de mi madre, que tendrá mucha satisfacción en saber que estais en completa seguridad.

Luisa, penetrada de ternura, solo esperaba la respuesta de la madre de Juan para manifestar su vivo reconocimiento á tantas bondades.

La anciana, conmovida por las desgracias de una jóven tan linda y buena, dió su consentimiento sin vacilar, y se convino entre todos, que se verificaria la marcha al amanecer del siguiente dia, que los dos viajeros se llevarian un cesto lleno de provisiones, que no harian marchas demasiado violentas, y que por la noche se detendrian en cualquier cabaña amiga.

La infortunada jóven no hallaba espresiones suficientes para mostrarse agradecida á tantos favores.

Algunos destellos de esperanza brillaban aun ante sus ojos.

Pronto veria á su Jorge, pronto este fiel amante participaria

de sus pesares, los mitigaria con su amor, y acaso un dia regresarian los dos á rogar y llorar juntos sobre la tumba de sus pobres padres.

Llegada la noche, Luisa participó del lecho de su anciana protectora, y logró en él un poco de descanso.

Al despuntar el dia Juan la despertó, y partieron acompañados de las bendiciones de la madre.

Todo lo convenido fué puntualmente ejecutado; pero ¿cómo describir los esmeros, las atenciones del generoso jóven?

Sosteniendo á su compañera en su vigoroso brazo, apartando las malezas que pudieran herir sus delicados piés, llevándola en sus brazos para atravesar los arroyos, no tolerando nunca que se escediera en el cansancio, y todo con un respeto profundo, constante, que jamás ocurrió á Luisa el asustarse de verse sola con un hombre enmedio del camino.

No oyó una sola espresion atrevida de parte de los que transitaban; el ademan altivo y severo de Juan hubieran quitado este deseo al mas osado libertino.

En una palabra, el amor, solo el amor podia haber introducido tanta delicadeza en el alma del oficioso jóven.

Pero ¿quién estrañará que esto sucediera?

¿Quién no conoce el poder de este sentimiento tan cruel y á veces tan obligado?...

Cuanto mas se aproximaba Luisa al término de su viaje, mas se agitaba de impaciencia su corazon.

Apretaba convulsivamente entre sus dedos la sortija de su amante.

Cuando pensaba en que iba á verle despues de tan larga série de infortunios, á él que la habia dejado dichosa en el seno de una

familia adorable, parecíale que no debía esperar ya dicha alguna; y desconfiaba del porvenir.

Un peso inmenso oprimia su alma; parábase involuntariamente, sintiéndose sin fuerzas y sin voluntad para ir mas lejos.

— ¡Ea! ánimo, señorita — le decia Juan — pronto llegaremos; pero veo que estais cansada y la noche se aproxima. ¿Quereis creerme?

— ¿Qué deseais?

— Podriamos detenernos en una posada cuyo dueño es conocido mio, á media legua de Colmar, y mañana al amanecer, terminaremos sin dificultad nuestro viaje; pues si ahora vamos hasta Colmar y nos sorprende la noche, nos veremos obligados á retroceder; y estais tan cansada, que tiemblo por vos.

Luisa conocia que Juan tenia razon, y ademas, cierto presentimiento doloroso la oprimia.

Aceptó la proposicion casi con placer.

Cuando uno llega á cierto extremo de padecimientos, se deja dominar fácilmente por funestas preocupaciones.

¡Es tan difícil creer en la dicha cuando está el corazón lacerado!...

Los jóvenes viajeros fueron acogidos con benevolencia por el amigo de Juan; pero no pudieron hacer honor á la modesta cena que les ofreció de buen grado.

Luisa se sentia desfallecida y le repugnaba todo alimento.

Juan estaba enamorado y pensaba que iba á dejar á su amada en los brazos de un rival á quien no conocia, para volverse y no verla mas.

Esta idea le desgarraba, porque amaba por primera vez.

Ambos pidieron donde descansar; era su mayor urgencia.

Luisa no pudo conciliar el sueño.

Jamás sus ardientes ojos vertieron tantas lágrimas.

La imágen de Jorge se le presentaba incesantemente bajo terribles formas.

No pudo resistir, levantóse, y rogando á Dios por su amante aguardó el dia anhelando que Juan la llamase.

Presentósele Juan por fin; pero silencioso y abatido.

— Partamos, partamos — dijo con ansiedad la triste Luisa — ahora ya podremos entrar.

— Sí; mi señorita, venid y os guiaré... ¡ay! por la última vez.

Las últimas palabras las pronunció para sí.

Despidiéronse del posadero, y tomaron silenciosos el camino de la ciudad.

Luisa, agitada por un sentimiento extraordinario, no andaba; sus piés no tocaban la tierra; sentia una necesidad imperiosa de salir del estado en que se hallaba sumergida.

Un no sé qué horroroso oprimia su pecho y torturaba su corazón.

Pronunciaba jadeando y en voz baja el nombre de Jorge!...

Parecia que un poder invencible le gritaba ¡detente!... y siempre cada vez mas agitada corria como una loca.

Juan no se atrevia á detenerla; la seguia con terror, recelando que habia perdido la razon; juntóse á ella á la entrada de la ciudad.

Allí... un ruido sordo de tambor se dejaba oír; pero el tambor era lúgubre... estaba enlutado.

Paráronse simultáneamente sin saber por qué.

De repente Luisa emprendió su marcha con mas rapidez que antes.

Quiso ir en seguida al cuartel á informarse de Jorge.

Las calles que transitaban estaban desiertas....

Nadie á quien preguntar....

El siniestro tambor se oia mas cerca.

Siguieron la direccion del lúgubre ruido.

Cuanto mas se le aproximaban, mas espantoso les parecia... era una marcha fúnebre... la que suele acompañar un reo al cadalso!

En breve llegaron á una gran plaza..... y vieron mucha tropa que formaba un semi-círculo casi enfrente de ellos.

Entonces una voz terrible les gritó ¡ATRÁS! y una mano les señaló á un militar arrodillado en medio de la plaza.

Luisa, sobrecogida de horror, lo comprendió todo, y se apartó á un lado como huyendo de aquel execrable espectáculo, en el mismo momento en que calló el tambor.

Unos cuantos soldados mas inmediatos al que estaba de rodillas, le apuntan con los fusiles.

Los ojos de Luisa se vuelven maquinalmente hácia la víctima que van á inmolar, y lanzando un chillido desgarrador, horrible, espantoso, se abalanza á ella antes de que Juan pudiera soñar en detenerla.

Suena la mortífera descarga, y cae la infeliz abrazada con Jorge, traspasada por las mismas balas que le dirigia... **LA ORDENANZA MILITAR!**

.....
Algunos dias antes, el pundonoroso soldado, no pudiendo tolerar cierto grave insulto de un superior, le habia faltado al respeto.

¿Qué hijo oye á sangre fria que se calumnie y deshonre á una madre virtuosa?

Pues bien, Jorge habia oido que un atolondrado oficial se vanagloriaba de haber mancillado el lecho nupcial de sus padres, y levantando la mano con ira, la aplicó á la megilla del infame calumniador; esta noble accion de buen hijo, le valió ser asesinado por sus mas queridos camaradas!

Dios hizo las leyes de la naturaleza, y estas leyes desaparecen ante las que los hombres establecieron en la ordenanza militar!

Ordenanza sacrílega que convierte á los soldados en víctimas y verdugos.

Citaremos otro ejemplo histórico.

